

LOS MUERTOS NO TIENEN MEMORIA

(Obra absurda sobre una dramática muerte)

OBRA GANADORA DE UNA MENCIÓN HONORÍFICA EN EL PREMIO NACIONAL DE
DRAMATURGIA MANUEL HERRERA 2004

PUBLICADA EN EL FONDO EDITORIAL DE QUERÉTARO EL MISMO AÑO.

PERSONAJES

HOMBRE

MARISOL

MARISOL EN EL ESPEJO

SILUETA

POLICIA 1

POLICIA 2

JUDICIAL 1

JUDICIAL 2

UNA SEÑORA, DOS HOMBRES Y “LA BOLA EXPECTANTE” (PERSONAJES TRANSITORIOS)

Epoca: Actual.

Duración aproximada: Una hora y veinte minutos.

El escenario está dividido en dos espacios diferenciados solamente por el mobiliario y la tonalidad de la luz. En ocasiones los protagonistas actúan en estos dos espacios simultáneamente, por lo que no debe de ponerse una división material.

Al lado izquierdo hay un cuarto de interrogatorios semioscuro, en medio de éste una silla de madera - en ocasiones dos - y una lámpara de luz blanca iluminándola(s) directamente.

Al lado derecho del tablado, una espaciosa sala decorada con un mueble-bar. En el lugar más visible destaca un espejo grande de luna. Hay también un teléfono de disco colocado sobre una pequeña mesa, un tapete color gris y un tocadiscos antiguo junto al sillón más pequeño. El resto del mobiliario consiste en dos sillas, tal vez un pequeño librero y una fotografía de Marisol que cuelga de alguna de las paredes. Al fondo habrá una pequeña puerta que comunica a otro cuarto, que servirá también para que entren y salgan los personajes. Al lado derecho de la sala se encuentra un gran ventanal con enrejado interior y la puerta de salida que Marisol tratará inútilmente de abrir.

PRIMER ACTO

Primer cuadro

El lugar está cubierto por la penumbra. Un hombre de aspecto desaliñado se encuentra sentado en una silla en medio de la habitación. Confundido. Volteando en todas direcciones como tratando de orientarse. La Silueta entrecortada de otro hombre, dada la posición de la luz, apenas se distingue de pie al otro extremo del cuarto.

Transcurren algunos segundos en mutis. Luego, repentinamente:

SILUETA: *(Firme. Con voz grave)* ¿Tienes miedo?

HOMBRE: *(Hosco)* Por qué he de tener miedo si soy inocente.

SILUETA: También los inocentes tienen miedo de parecer culpables. La justicia es terca y muchas veces un poco pendeja. Suele equivocarse muy seguido de persona.

HOMBRE: Pues podrá decir lo que sea, pero yo no tengo ni tantito de miedo, apenas conozco el significado de esa palabra. Quiero que todo esto se aclare lo más pronto posible. Sólo tuve la mala suerte de llegar a ese lugar precisamente a esa hora, minutos después de que el asesino la había apuñalado; me echan la culpa porque fui el único que encontraron en ese lugar. Pero no fui el único que estuve ahí; eso lo sé de sobra, pues si hubiera sido el único, obviamente mi amiga no estaría muerta. *(Transición)* Yo no sé mucho de leyes, pero sé que soy inocente y no debo de estar aquí...

SILUETA: ¿Entonces por qué chingados firmaste la declaración preparatoria? Ahí dijiste muy clarito que tú eras culpable. Lo explicaste todo con lujo de detalles: el móvil, el modus operandi, dónde conseguiste el arma... lo dijiste todo.

HOMBRE: Me obligaron. Me golpearon hasta que dije que iba a firmarla. Si no lo hubiera hecho, ahorita estaría muerto, o moribundo tal vez. Me zambulleron en una tina con agua negra, me dijeron que ahí se le había caído a uno

de ellos una moneda de treinta pesos y querían que yo la buscara. Yo sabía que no podía ser cierto, pues no hay monedas de treinta pesos, pero de todos modos la busqué. *(Pausa)* El agua se me metió por las narices, por los oídos, por todas partes. Todavía es hora de que no escucho bien. *(Señalando hacia una de las esquinas de la habitación)* fue en ese mismo rincón. En ese rincón esos desgraciados hicieron conmigo lo que quisieron. *(Transición)* No quiero denunciar a nadie... sólo quiero salir de aquí. Soy inocente y tengo miedo de que me obliguen otra vez a decir que soy culpable. *(Formando con los dedos una cruz y besándola)* Y se lo juro por mi madrecita que no lo soy.

SILUETA: *(Deductivo)* ¿Entonces tienes miedo? *(Pausa)* ¿Por qué lo niegas? Estás orinándote de puro pánico. Estás pálido. Mírate. Seguro que ya ensuciaste tus pantalones, y no tardas en regar tu mierda por el suelo.

HOMBRE: Y qué me gano con admitirlo. Eso no me hará ni más inocente ni menos culpable. Además usted no es mi psicólogo. Su trabajo es nada más buscar culpables donde no los hay. Buscar “chivos expiatorios”. Sólo eso. Pero aquí se equivoca, ya no voy a decir lo que no es.

SILUETA: Pero sientes miedo. Transpiras miedo. El mismo miedo que experimentó por un instante aquella mujer cuando la apuñalaste. *(Enérgico)* Porque fuiste tú, tampoco puedes negarlo, los vecinos dicen que a nadie más vieron en ese lugar a esa hora.

HOMBRE: Cuando toqué y entré ella ya estaba muerta, yo sería incapaz de asesinar a nadie. *(Fingido)* Hasta las moscas me dan lástima.

SILUETA: ¿Cómo entraste a la casa? ¿Forzaste la cerradura?

Silencio total. Se puede escuchar hasta el tardío aletear de una mosca.

Repentinamente el hombre y la silueta son absorbidos por la penumbra. Un cambio de luz crea una atmósfera diferente, a la izquierda del escenario son las primeras horas del día. El lugar está parcialmente cubierto por las sombras del amanecer. Conforme trascurren las acciones la luz irá subiendo de intensidad hasta quedar la sala completamente iluminada.

Marisol, de unos treinta años de edad, se encuentra sentada en el sillón más grande. Por toda la sala se encuentran dispersas algunas páginas de periódico. Marisol mira insistentemente una de ellas, desconcertada, como si no creyera lo que ahí lee. Recorriendo con el dedo índice una de las líneas.

MARISOL: No, no es cierto. No puede ser... *(Sostiene la plana del periódico entre las rodillas)* ... estoy aquí... aún puedo palpar mi cuerpo *(se toca el pecho)*, aún puedo oler mi sudor matutino *(arruga la nariz como repeliendo caricaturescamente su olor)*, aún puedo ver hasta las cosas pequeñas que usualmente todos los vivos pueden ver *(abre los ojos de forma inusual)* y puedo escuchar hasta el silencio en esta sala. Aún cuando el silencio no se escuche. *(Pausa)* Es cierto que no me acuerdo de muchas cosas, pero el recuerdo no me hace existir, es el estar el que importa, y aquí estoy. No recuerdo mucho de lo que hice ayer, no recuerdo nada de lo que hice antes de ayer, tengo vagos recuerdos de mi familia, de mis compañeros de trabajo, pero solamente eso... eso no significa que sea nada. La nada es no pensar y en este momento estoy pensando... y negando que estoy muerta.

Nerviosa. Trata de encender un cigarro, luego lo apaga presionándolo sobre la palma de su mano. Se quema.

MARISOL: Todavía siento dolor. Nada se compara al dolor de la quemada de un cigarro. Ni siquiera el dolor de un parto o el dolor de muelas. Aunque debo confesarlo: nunca he tenido hijos y nunca me han dolido las muelas. O quién sabe, ya ni me acuerdo.

Se dirige al mueble-bar al fondo de la sala, toma una botella de tequila y vacía parte de su contenido en un vaso. Lo bebe de golpe para luego servirse otro. Empieza a ir y venir del mueble hasta el sofá con un movimiento instintivo de muda impotencia.

MARISOL: Pero... *(Con tono deductivo. Con un gesto de marcada incertidumbre)* ¿Quién metió por debajo de mi puerta este periódico? No estoy suscrita a ninguno. Bueno, que yo recuerde. *(Pausa)* Ya sé, alguien quiere jugarme alguna broma *(Suelta una risotada hueca)*. Es solamente una pequeña broma de mis compañeros de trabajo... tal vez Luis, Miguel Bravo o el Ingeniero Elorreaga. O quizá la güerita de la cafetería, esa suele ser muy bromista, cómo se llama, cómo se llama esta chica, la amante del Lic. Quintana. Ah, sí, Marisol. A no, Marisol soy yo, ella se llama... empieza con "B" de burro... Bonifacia, Bianca, Victoria... ah, ya sé, se llama... Beatriz Wissar, cómo olvidarla, esa chica tan bromista. De seguro fue de ella la idea. Jaja, como si yo, Marisol Beltrán, no conociera "de memoria" lo que es estar viva... claro que sé lo que es vivir... claro que he vivido todo este tiempo en el que no he estado muerta... Si no recuerdo cuándo morí, entonces lógicamente estoy viva. *(Se vuelve a palpar el cuerpo con fuerza,*

cerciorándose de estar aún presente) Es como cuando uno enfrenta un juicio: se es inocente mientras no se demuestre lo contrario. Entonces yo estoy viva mientras no se demuestre lo contrario.

Repentinamente deja de pasearse por la habitación. Se encamina al espejo de luna y da otro gran sorbo al contenido del vaso. Habla con su imagen en el espejo:

MARISOL: Estás aquí. Como un espejismo. Vives en ese material que parece de agua. *(Con una leve sonrisa delineada en sus labios)* Pensar que estás muerta sería un absurdo, estás en tu plena juventud. No le hagas caso a los tarados del periódico. Nadie mejor para decirte que estás viva que tú misma *(Apunta a su imagen en el espejo)*. Sí, tú, tú que estás aquí platicando con tu real, *(señalándose con el dedo pulgar a ella misma)*, conmigo. Tú que eres un simple reflejo, pero con seguridad sabes que si yo estuviera muerta tú también lo estarías. Habría un hueco ahí, donde tú estás en este preciso momento. Serías nada y yo también. Nadie más podría ocupar ese hueco. Somos únicas, “Marisol”.

De repente, indignada, le da la espalda a su imagen (la imagen obviamente hace lo mismo) y se aleja de ella. Ambas voltean a verse de reojo “casi” al mismo tiempo.

MARISOL: *(A su imagen)* No sé por qué estoy hablando contigo. Estás igual de tonta que yo. No recuerdas tampoco nada. Si por lo menos supieras por qué mi nombre y tu nombre, mi fotografía y tu fotografía, aparecen junto a una nota que dice que anoche moriste apuñalada junto a la puerta de tu casa. *(Transición)* Si no fueras tan testaruda y me ayudaras. Sin tan solo no te escondieras cobardemente detrás de ese azogue impenetrable para mí.

Vuelve al sillón. Da otro sorbo al tequila y pone el vaso sobre la pequeña mesa en donde está colocado el teléfono. Saca de la bolsa trasera del pantalón un encendedor y una cajetilla. Trata inútilmente otra vez de encender un cigarro. Temblorosa, se le apaga la llama, hasta que al fin desiste en su intento. Guarda el encendedor y la cajetilla en la bolsa trasera del pantalón. Rápidamente toma la bocina del teléfono y trata de marcar, luego cuelga. Sin reaccionar por un momento: perpleja.

MARISOL: La línea está muerta... *(Aquí una pausa larga)* tal-vez-igual-que-yo.

Fatalista, con los ojos vidriosos, ensimismada se queda por un momento. Toma el vaso y le da un sorbo, trata de contener el llanto. Se toma los cabellos con ambas manos como si quisiera arrancárselos. Hunde su cara entre las manos. Un hilo de pavor se teje en sus palabras y comienza a llorar, a lamentarse con murmullos imprecisos y vagos.

MARISOL: *(Con voz flemática)* ¿Por qué? ¿Por qué tuve una muerte tan absurda? ¿Acaso así son todas las muertes? ¿Se sufre de amnesia al momento de morir? Y así como no recordamos el abismo que hubo antes de nuestro nacimiento, también olvidamos con la muerte el aparente abismo, el momento justo de nuestra agonía. ¿Ni siquiera ese privilegio nos brinda la vida *(pausa)* o la muerte? ¿Y dónde está el paraíso *(disgregando)* o el infierno si es que lo merezco? ¿Acaso sigue una penando como un fantasma en su propia casa? *(Pausa. Transición)* Nadie sabe qué cosas trae con sigo la muerte. Tal vez moriríamos de risa si lo supiéramos. *(Comienza a reír escandalosamente. Lo que sigue lo dice entre la risa y el llanto)* Viví siempre sola. Y supongo que morí igual: como una perra abandonada por su amo. Solamente mi asesino me hizo compañía en mis últimos estertores. Se lo agradezco. No sabe cuanto se lo agradezco. Cuando alguien vive entre tanta soledad, debe agradecer cualquier compañía, aunque ésta sea trágica: el vacío no distingue entre lo bueno y lo malo, se conforma con ambas. *(Pausa. Aquí una leve sonrisa. Con determinación)* Pregúntemelo a mí.

Simultáneamente con el agudo de esta última palabra se crea otra vez un cambio de luz. Marisol es absorbida por la oscuridad mientras el Hombre y la Silueta aparecen en primer plano. El Hombre en la silla y la lámpara iluminándolo. Al principio parecen suspendidos en el tiempo, pero luego:

HOMBRE: No. Yo noforcé la cerradura. Abrí con la llave.

SILUETA: *(Desconcertado)* ¿Cuál llave?

HOMBRE: La que ella me dio. *(Abatido)* Éramos muy buenos amigos.

SILUETA: Estás tomándome el pelo. No entiendo nada. Si eran tan buenos amigos por qué la mataste.

HOMBRE: Yo no la maté, ya se lo dije una y mil veces. Están cometiendo un error.

SILUETA: Tenemos el cuerpo del delito. Sólo necesitamos saber el móvil. Aquí no se cometen errores, sólo experimentamos un poco con la gente. Te conviene confesar, se te podría disminuir la pena. *(Transición)* Bueno, tú sabes, todo lo que te digo lo hago con buena intención. Aquí no solamente jodemos, también aconsejamos. *(Transición)* Pero dime, ¿Para qué moviste el cuerpo?

HOMBRE: A ver si podía hacer algo por ella. Ayudarla antes de que se desangrara, *(abatido)* pero fue inútil, tenía una cuchillada en el vientre. *(Transición)* Uno no resucita muertos *(pausa)* ni muertas *(pausa)* sólo quise ayudarla... *(Inclina la cabeza. Se queda con expresión ausente)*

Un silencio.

SILUETA: Sigue... ¿Qué más sucedió ayer a las once de la mañana en el departamento de ella?

HOMBRE: No sé. Yo no traía reloj... No supe qué hora era.

SILUETA: No te hagas el chistosito. Dime lo que sucedió ayer.

HOMBRE: *(Levantando la cabeza)* Después de que llegué y entré, dejé la puerta abierta, un rato después una señora, supongo que una vecina, pasó y se asomó, y al verme moviendo el cuerpo, armó un alboroto de los mil demonios y todos los vecinos se enteraron. Se hizo la bola con todos los de la cuadra. Ya parecía yo Jesucristo rumbo a la crucifixión. Unos hombres me detuvieron y le hablaron enseguida a la policía. Mientras las mujeres me gritaban asesino, traidor, otras violador y así un sinnúmero de insultos que no recuerdo en este momento. *(Abatido. Pausa)* Luego vinieron los interrogatorios y las torturas para obligarme a firmar la confesión inventada por ellos, pues todos están convencidos de que yo soy el asesino. Si los contradigo me tupen a golpes. *(Pausa)* De haber sabido que aquí primero golpean y luego investigan, mejor hubiera salido corriendo cuando ví a la señora gritando como plañidera... como si le pagaran por hacerlo.

SILUETA: *(Con tono burlón)* ¿No será que no tuviste tiempo de huir? *(el hombre no dice nada)* ¿No será que el miedo te paralizó y no pudiste hacer nada? Es muy común que suceda eso, sobre todo a los que como tú lo hacen por primera vez. Porque me imagino que nunca habías matado a nadie. *(Sarcástico)* Ni siquiera a una mosca. ¿Verdad?

HOMBRE: *(Molesto)* No, nunca he matado a nadie.

SILUETA: *(Con tono deductivo)* Entonces... efectivamente... fue el miedo el que te paralizó.

HOMBRE: *(Desafiante)* No, no tuve ni tengo miedo. Aquí usted es el gallina. Por eso se esconde tras esa cortina de oscuridad.

SILUETA: *(Irónico)* No. Me escondo en la penumbra para asemejarme a tu conciencia, para que a mí me cuentes todo, para aconsejarte que no seas pendejo, que des tu brazo a torcer, pues hay muy pocas cosas a tu favor y muchas en tu contra: el cuchillo lo encontraron a unos pasos del cuerpo. Si tú fuiste vamos a encontrar tus huellas en él, a menos de que hayas utilizado unos guantes de látex. *(Pausa)* Pero de todas maneras descubriremos todo, pues no pareces muy inteligente. Pues pensabas dejar el cuchillo ahí, sin saber que es el indicio más importante en un asesinato. Aunque eso cualquiera lo sabe, Hollywood se ha encargado de difundirlo.

HOMBRE: *(Conteniendo el coraje)* Sí. Pensaba dejarlo ahí... *(pausa)* ¿Sabe por qué?... porque no era mío. Era del asesino *(Pausa)* o de ella, a lo mejor se suicidó. ¿No se ha puesto a pensar en eso?

SILUETA: *(Molesto)* A mí no me vas a decir cómo hacer mi trabajo. Tengo años en esto. Me importan madre tus hipótesis. Aquí el que estudió criminalística soy yo. Además es poca la probabilidad de un suicidio. El ángulo de las heridas no corresponde y encontramos un espejo y una ventana quebrada, sin duda hubo un forcejeo y por lo tanto se trata de un homicidio premeditado. Una suicida no forcejea consigo misma.

El Hombre se encoge de hombros. Un silencio. Marisol irrumpe sorpresivamente en el escenario, nada cambia; la luz de la lámpara sigue iluminado directamente al Hombre, el cual permanece inmutable. Callado. Sin percatarse de la presencia de ella.

MARISOL: *(Recorriendo el lugar con pasos firmes y ademanes exagerados)* ¿A quién voy a espantar en esta casa? No es mi pasatiempo asustar a nadie. Al contrario, huyo de todos, los reto a que me persigan, pero teniendo siempre miedo de que alguna vez me alcancen. No quiero representar a un personaje que no me pertenece. No quiero adherirme a estas paredes como tal vez lo hicieron los que murieron antes de mí en esta casa... Ahora lo sé, a cada casa la habitan cientos de fantasmas.

SILUETA: *(Repentinamente)* ¿A qué fuiste ayer a su casa? *(Mientras Marisol sigue caminado de un lugar a otro. Farfullando algo imperceptible)*

HOMBRE: Quería platicar con ella. *(Apunta con el dedo hacia Marisol)*

SILUETA: ¿De qué platicaban?

HOMBRE: De muchas cosas.

SILUETA: ¿Cómo qué cosas?

HOMBRE: Cosas comunes, las que platican casi todos los amigos. Cosas triviales, usted sabe...

SILUETA: ¿Cuáles cosas?

HOMBRES: Cosas.

SILUETA: Encontramos unos pedazos de periódico en una de sus manos. Los apretaba fuertemente aún después de muerta. ¿Eran tuyos?

HOMBRE: No, yo nomás llevaba unas flores cuando me acerqué al cuerpo.

SILUETA: ¿Al cuerpo vivo o al cuerpo muerto?

HOMBRE: Al muerto por supuesto.

SILUETA: Y cuando te acercaste al cuerpo vivo... ¿Qué llevabas en la mano? *(Pausa)* ¿Un cuchillo?

HOMBRE: No, nunca me acerqué al cuerpo vivo.

SILUETA: *(Pensativo)* Entonces... si tú no te acercaste al cuerpo vivo ¿Quién diantres la mató?

HOMBRE: *(Encolerizado)* Si lo supiera no estaría aquí haciéndome pendejo, platicando con una sombra que trata de intimidarme para que diga lo que no es.

Un silencio.

HOMBRE: Pregúntele a ella quién la mató. *(Apunta de nuevo hacia Marisol. Ella voltea a verlo y sigue en lo suyo)*

SILUETA: *(Enérgico)* Quiero la verdad. La verdad que tanto niegas... No quiero que digas lo que no es. *(Pausa)*

Además tú me caes mal, creo que la debilidad es un defecto y tú eres débil hasta más no poder... Acuérdate del momento justo del asesinato. Recrea en tu mente la sangre brotando de la herida de Marisol...

MARISOL: *(Repentinamente)* ¡Qué! ¿Alguien me habla?

SILUETA: Reconstruye el escenario del crimen...

MARISOL: *(Amarga)* Prefiero morir en forma definitiva. Sin andar vagando como si debiera alguna manda religiosa. *(Pausa)* No creo en Dios. Es mucho esfuerzo para mi poca memoria acordarme siempre de Él. Sólo a veces lo imagino como a un anciano desdentado gimiendo en cada hora, mientras por mi vida no pasa ni siquiera el tiempo. Se detiene naturalmente, como se detienen los relojes sin cuerda: tristes y callados. *(Pausa)* Hoy me he dado cuenta

que Él tampoco ha pensado en mí. Somos muy diferentes. Pero ni de broma podría reprocharle su olvido, porque a veces olvido que Él también me tiene olvidada.

Un silencio.

La Silueta empieza a moverse de un lado a otro.

SILUETA: Repites que no eres culpable como si fueras el desmentido eco de la inocencia. Dices esa frase igual que todos: con tanta sinceridad que harías dudar hasta tu propia víctima, si pudiera escucharte. *(Pausa)* Pero es el remordimiento... a mí no me engañas... tengo mucho colmillo en estos asuntos.

Un silencio.

MARISOL: *(Pensativa)* ¿A dónde iré? ¿Será la nada? ¿Cómo quisiera que Dios, si es que existe, tuviera mi misma enfermedad! Que lo olvidara todo... Poder entrar al Cielo como quien entra a un supermercado, sin preocuparse de aquellos tropiezos inevitables que todos tenemos en la vida, volteando solamente hacia adelante como en un desfile de ciegos. Sin molestar, sin ser molestado. Preferiría mejor la falta de alma que la falta de memoria.

Se escuchan pasos firmes, luego un portazo. La silueta sale. La luz crea otra vez una atmósfera diferente. Marisol tiene un vaso en la mano derecha. Se acerca otra vez al espejo y apunta a su imagen en forma desafiante. Sosteniendo al principio un diálogo de frías y punzantes miradas, como si corriera por sus venas el fervor de la muerte:

MARISOL: Murió mi pasado. *(Pausa)* La que cuando era niña le tenía miedo a la oscuridad. La que miraba sombras acechando en cada esquina de su cuarto. Siempre con esta locura a cuestas, con esta humillación, mirando siempre a la gente de reojo, como si con sólo mirarlas de frente fuera a morir de encandilamiento. *(A su reflejo. Incisiva)* No necesito utilizar palabras especiales para decirte cuanto te odio, pues supuestamente ya lo sabes de memoria, incluso mejor que yo. *(Pausa)* Hemos estado durante más de treinta años aguantándonos, matándonos poco a poco. ¡Ni

hablar! Es imposible no cumplir con el destino, de lo contrario él mismo te busca y te hace cumplirlo. Las reglas de esta puta vida no se pueden romper tan fácilmente. *(Habla en su contraparte. Como si ella misma se refutara lo que se dice)* ¿Cuáles reglas? ¿Las que tú inventaste? Por favor, no digas tonterías. Son prejuicios, esta vida no tiene reglas.

Toma otra vez el encendedor y la cajetilla de la bolsa del pantalón, voltea desafiante hacia su imagen, separa los labios lentamente y se acomoda el cigarro en el hueco de ellos. Esto lo hace tan lentamente, que podría decirse que el tiempo se alarga en cada movimiento. Esta vez sí logra encender el cigarro. Agita nerviosa el encendedor como si fuera un fósforo, luego lo guarda en la bolsa trasera del pantalón y avienta la cajetilla vacía. Aspira profundamente. Suelta sobre el azogue una bocanada de humo, convirtiendo el escenario por un instante en una pintura de colores grisáceos.

La luz baja suave.

SEGUNDO ACTO

Primer cuadro

Es el mismo cuarto de interrogatorios. En él se encuentran dos policías vestidos con el atuendo común. Uno de ellos sostiene en la mano derecha un cuchillo, blandiéndolo con arrogancia frente al rostro del Hombre, el cual se encuentra sentado en una silla iluminada directamente por la lámpara de luz blanca.

POLICIA 1: ¿Habías visto antes este cuchillo?

HOMBRE: No.

POLICIA 2: ¿Seguro?

HOMBRE: Yo no asesiné a nadie. Soy inocente, ya se los he dicho pero nadie me cree. Sólo Dios sabe...

POLICIA 2: (*Arrogante*) Pregunté si estás seguro de que no habías visto antes este cuchillo. No si eras culpable o no. Porque aunque seas inocente, si no lo demuestras estás jodido. Estas cárceles no nomás están llenas de delincuentes.

HOMBRE: No, no conozco ese cuchillo. Nunca lo había visto. Ni siquiera uno parecido.

POLICIA 2: ¿A poco cerraste los ojos al cometer el crimen?

HOMBRE: No.

POLICIA 1: ¿Entonces lo hiciste con los ojos bien abiertos?

HOMBRE: Yo no lo hice. Yo llegué después. ¿Desde cuándo es un crimen ir a visitar a una amiga?

POLICIA 1: (*Interrumpiendo*) Tú casa no queda ni tantito de cerca del lugar. Estuvimos investigando.

HOMBRE: Yo nunca dije que quedara cerca.

POLICIA 1: (*Contrariado. Buscando qué decir*) Entonces... (*A su compañero*) nos informaron mal, colega. (*Transición*) Bueno, pero... ¿Estuviste saliendo un tiempo con ella? ¿Verdad?

HOMBRE: No. Éramos sólo amigos.

POLICIA 1: (*Carraspeando*) Nos volvieron a informar mal. (*A su compañero*) Debemos de tener más cuidado con la información (*Transición. Sacando una libreta de la bolsa de su camisa*) Estás seguro de que no fue un crimen pasional. Tal vez sentiste celos de algo, o de alguien, y por eso la mataste.

HOMBRE: (*Con una crisis de desesperación*) No, yo no la maté por celos.

POLICIA 2: Si no la mataste por celos. ¿Entonces por qué la mataste?

HOMBRE: (*Maquinalmente. Cerrando los ojos*) Por celos no...

POLICIA 1: Eso ya lo dijiste. Ahora dinos por qué la mataste.

HOMBRE: (*Maquinalmente*) No/

El policía 1 le asesta un puñetazo en el rostro al Hombre, el cual queda enajenado, como si volviera de un trance.

POLICIA 1: *(Impaciente. Poniéndole las manos en los hombros y mirándolo fijamente a los ojos)* Te estoy hablando cabrón *(Pausa)* Ya nos dijiste que no la habías matado por celos, ahora dinos por qué la mataste.

HOMBRE: *(Tallándose la parte donde recibió el golpe)* Ya estaba muerta, no se puede matar a una persona dos veces. *(Pausa)* Y menos el mismo día.

POLICIA 2: *(Deductivo)* Entonces, si no hubiera estado muerta... ¿La hubieras matado?

HOMBRE: No... es absurdo, cómo iba a matarla/

POLICIA 1: *(Interrumpiendo)* Mucha gente nos dijo que te había visto merodear por el lugar desde hace algunas semanas. *(Deductivo)* Tal vez para estudiar el lugar y planearlo todo.

HOMBRE: *(Nervioso. Con voz temblorosa)* No fui yo, quizá fue alguien parecido a mí... mi rostro es muy semejante a otros... fíjese y verá.... todos tenemos nuestros dobles. Yo conozco como a tres igualitos a mí. Y he visto otros igualitos a usted.

POLICIA 1: *(Burlón)* Ahora nos vas a decir que tu sombra es asesina, que ella fue la que clavó “brutalmente” el cuchillo en el vientre de esa mujer.

POLICIA 2: Como sabes que a tu sombra no la podemos refundir.

POLICIA 1: Mejor dinos cómo diablos abriste la puerta del departamento.

POLICIA 2: A lo mejor entró por la ventana, compañero.

POLICIA 1: Mejor usted cállese colega, aquí yo estoy al mando. No debemos especular.

HOMBRE: Entré con la llave

POLICIA 1: ¿Cuál llave?

HOMBRE: Pues la mía.

POLICIA 1: *(Alarmado)* ¡Ah, además tenías llave de la casa de tu víctima! ¡Esto es el colmo! ¡Qué desvergüenza! Cómo han cambiado las cosas, ahora hasta las víctimas le dan la llave de su casa a sus asesinos para facilitarle las cosas.

POLICIA 2: ¿Dónde la conseguiste?

HOMBRE: Ella me la dio. Yo era su amigo. Un amigo muy cercano.

POLICIA 1: ¿Y apenas abriste la puerta y le clavaste el cuchillo? *(Sin dar tiempo de que el Hombre conteste)* ¡Vaya amigo! Eso se llama aquí y en china *(recalcándolo)* “traición”. Una vil traición.

POLICIA 1 Y 2: *(Al unísono. Moviendo la cabeza como señal de reprobación)* No se le puede llamar de otra manera.

HOMBRE: No. No fue ninguna traición.

POLICIA 2: *(Deductivo)* Entonces... Te esperaste un momento para clavarle el cuchillo. Te esperaste a que ella estuviera en una posición en la que no se considerara traición, sino solamente "homicidio intencional".

HOMBRE: *(Muy alterado)* Yo no hice nada. Odio la sangre. Ya se los dije, no me atrevería ni siquiera a matar a una gallina.

POLICIA 2: *(Firme)* Eso dicen todos. Ya estamos acostumbrados a lidiar con asesinos con complejo de inocencia. Nosotros no nos tragamos ese cuento, tenemos muchos años en esto. *(Al policía 1)* ¿Verdad compañero? *(El policía 1 asiente con la cabeza)* *(Transición. Pausa. Empieza a pasearse por el lugar, con los brazos cruzados sobre el pecho)* Los vecinos nos dijeron al ver tu fotografía que antes del crimen sólo te habían visto merodear por el lugar, pero que nunca habías ido a visitar a tu "dizque amiga". Por lo tanto no eran tan buenos amigos. Los buenos amigos se visitan seguido.

POLICIA 1: En las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad...

POLICIA 2: Si no, para qué darle la llave de tu casa a un amigo que nunca va a visitarte. Es como regalarle unos binoculares a un ciego.

POLICIA 1: O una escaladora a un cojo. O hablarle por teléfono a un sordo.

POLICIA 2: ¿Nos vas a decir la verdad, sí o no? Ya estamos empezando a perder la paciencia.

El Hombre se queda con los labios contraídos. Visiblemente angustiado.

Un silencio.

La luz baja suave.

Segundo cuadro

Marisol sigue frente al espejo.

MARISOL: Tú eres la que fuma, tú eres la que bebe y empieza a embriagarse y a ver borroso todo. Yo dejé el cigarro y el vino hace mucho tiempo. De eso hace tanto que ya ni me acuerdo. ¿Cómo pude creer que tú y yo éramos la misma? Es cierto que parezco una anciana que por la edad he perdido parte de la memoria y por lo tanto parte de mi vida, pero es por la fobia que siempre he tenido y por esta enfermedad... En eso no te pareces a mí. Los espejos no se enferman, mueren repentinamente. *(Pausa. Apuntando a su imagen)* Sin quejarse, sin dolores, sin una lenta agonía, como una marioneta a la que bruscamente le sueltan los hilos.

(Retrocede un paso. Transición)

Fuiste tú la asesinada en la puerta de mi casa. No te escucho respirar. *(Pausa. Acerca el pabellón del oído al azogue)* Eres tú la de esta fotografía del diario. Eres tú, la muerta, mi antes, mi memoria. La que soñaba con encontrar a su príncipe azul a la vuelta de la esquina, la que puso más de una vez un anuncio en el clasificado para encontrar al hombre perfecto, la que no quería quedarse a vestir santos e imaginaba que al besar un sapo iba a descubrir al amor de su vida, sin saber que los hombres son solamente eso: sapos. Jamás príncipes. Aunque los beses toda una vida. *(Se interrumpe)*

Va hacia al mueble-bar y vuelve a llenar el vaso. Recoge el periódico del sillón y luego se ubica otra vez frente al espejo con la misma mirada penetrante y amenazadora.

MARISOL: Mírate *(A su reflejo. Apuntando a la fotografía del periódico)*. Eres la que moriste aquí afuera, junto a la puerta. Te hubieras ido a morir lejos, donde yo no me enterara. En algún terreno baldío o en el baño de cualquier central camionera. No importa dónde, sólo lejos de aquí.

La luz cambia repentinamente. A la izquierda, el lugar está solitario. Solamente lo ocupa una silla ubicada en el lugar más visible del cuarto de interrogatorios. Transcurren algunos segundos y luego entra el hombre atenazado de los brazos por dos judiciales. Apenas tocando el suelo con la punta de los pies. Patalea tratando de librarse pero todos los intentos son vanos. Los judiciales se burlan de los movimientos caricaturescos de éste. Lo levantan en peso dejando que haga aspavientos y luego lo sientan empujándolo violentamente contra la silla.

HOMBRE: *(Asustado)* ¡Qué más quieren! No se conforman con la chinga del otro día. Miren *(abriendo la boca mostrando su dentadura)* hasta me tiraron dos dientes. La compostura me va a salir casi un ojo de la cara *(Transición abrupta)* ¿Me miro muy feo?

JUDICIAL 1: Si sigues haciendo tanto teatro vas a perder toda la dentadura, incluyendo las muelas del juicio, aunque todavía no te salgan.

El Hombre se encoge de hombros tratando de replegarse a la silla lo más posible.

JUDICIAL 1: Pero hoy andamos de buenas.

JUDICIAL 2: De perdonavidas.

JUDICIAL 1: No te vamos a golpear mientras les digas a todos lo mismo que nos dijiste a nosotros la otra vez, el día de la paliza. ¿Te acuerdas? Creo que sí te acuerdas, ¿Verdad? *(Pausa. Transición)* Por ahí nos llegó el rumor que cuando te entrevistaron los municipales les dijiste todo lo contrario, casi les juraste por tu madre que eras inocente. Bueno, si es que tienes madre.

JUDICIAL 2: *(Sin dar tiempo a que el hombre conteste)* Nos estás haciendo trabajar doble y eso nos encabrona muchísimo. Somos güevones de nacimiento, y no dejamos que un pinche pelele como tú nos quiera dar atole con el dedo.

El hombre inclina la cabeza.

JUDICIAL 2: *(Agarrando al hombre de los cabellos y levantándolo del mentón)* Te estamos hablando güey ¿O quieres que te apliquemos otra vez el bucito? *(el hombre no contesta, vuelve a inclinar la cabeza apenas el judicial 2 le suelta de los cabellos)* ¿Sí? *(Pausa. No contesta)* Hoy no traemos la tina ni el tubo, pero somos muy buenos para improvisar. *(Sarcástico)* Sacamos cosas de la manga. Tenemos dotes de mago. Si no es por las buenas es por las malas *(A Judicial 1)* Ve por un agua mineral a la cafetería, vamos a metérsela por las narices a éste.

JUDICIAL 1: *(interrumpiendo)* A ver cuánto aguanta.

JUDICIAL 2: Capaz y hace un nuevo record mundial. ¿Te acuerdas del camionero al que acusaron de las muertas del lote Bravo? ¿Cuánto duró aquel güey antes de desmayarse?

JUDICIAL 1: Bien poquito el hijo de la chingada, apenas empezaba la diversión y le dio una catalepsia, y por poquito ya no lo contaba (*Transición*) Pero por suerte volvió. Hubiera sido un muertito más en nuestro gordo expediente.

JUDICIAL 2: Una mancha más al tigre.

JUDICIAL 1: Bueno, ya me voy por el agua... (*Se encamina a la entrada. Voltea de reojo como esperando la reacción del hombre*)

HOMBRE: (*Levantando la cabeza. Abatido*) Ya, ya...está bien...no se alebresten... voy a hablar... ¿Qué quieren saber?

Judicial 1 regresa. Con una sonrisa burlona apenas perceptible, se pone frente al Hombre.

JUDICIAL 2: (*Sacando de la bolsa del pantalón una grabadora*) Ahora sí venimos preparados (*pausa*) así no te vas a poder echar para atrás. No nos gustan las verdades a medios chiles. Ésta será la prueba “fehaciente”. (*Oprime el record de la grabadora. El lugar oscurece parcialmente*) Empecemos. Suelta toda la sopa, con cada detallito, como la otra vez.

HOMBRE: ¿Qué quieren que les diga?

JUDICIAL 1: La verdad. Primero: ¿por qué la mataste?

HOMBRE: Por celos...

JUDICIAL 2: ¿Celos de quién?

HOMBRE: Ella era amante de mi hombre.

JUDICIAL 1: (*Sorprendido*) ¿Quieres decir que tu amante era también amante de ella?

JUDICIAL 2: Eso no nos lo dijiste la otra vez.

HOMBRE: La otra vez les conté una historia de un libro de un tal Carlos Cuauhtémoc Sánchez, la historia de un carro rojo. Una pendejada. Nomás para que me dejaran en paz. La verdad es ésta: mi hombre andaba con esa mujer, pero no la quería, sólo jugaba con ella (*pausa*) él me lo decía todas las noches que nos veíamos. La utilizaba sólo

para guardar las apariencias con su familia y sus amigos. Ellos no hubieran aceptado de ningún modo nuestra relación, pues su familia concebía a la homosexualidad como un defecto de genes o una enfermedad contagiosa, y no como parte de la diversidad del hombre.

JUDICIAL 2: Entonces, si él no quería a Marisol, ¿Por qué lo celabas?

HOMBRE: Entre nosotros había la opción de otros hombres, pero nunca, ni de broma la opción de una mujer. Tenía miedo de que él empezara a quererla y a apartarse de mí. *(Triste)* Ya me había pasado con otro hombre: se fue una mañana muy temprano y me dejó solamente una carta en el buró explicándomelo todo. No volví a verlo. Ni quisiera. Si lo encontrara en la calle lo embestiría, lo arañaría como un gato hasta dejarle la cara irreconocible. Le sacaría los ojos si pudiera.

JUDICIAL 1: *(Intrigado)* ¿Cómo la mataste?

HOMBRE: Yo no la maté.

JUDICIAL 2: Nos acabas de decir que tú la mataste. ¡A qué estás jugando!

HOMBRE: Provoqué su suicidio...

Judicial 1 y Judicial 2 a la expectativa. Se mueven al unísono como si hilos invisibles los manejaran a ambos de la misma manera.

HOMBRE: *(Se levanta. Se pasea por el cuarto)* Pedro, mi amante, me había dicho que Marisol tenía un problema de neurosis, además de una enfermedad de la memoria. Algo así como amnesia temporal. *(Despectiva)* En pocas palabras: estaba loca la tipa. *(Recalcando)* Bien loca. Entonces, me puse a idear un plan para que ella misma, al llegar a la desesperación, se matara. De esta manera me ahorraría el trabajo de hacerlo, y nadie, absolutamente nadie, sospecharía de mí. Pues nadie me relacionaba con ella. Su muerte parecería un suicidio más entre tantos que suceden diariamente. *(Divagando)* Ya ven que las estadísticas son muy altas, sobre todo en esta época que es cuando/

JUDICIAL 1: *(Interrumpiendo. Impaciente)* ¡Ya, ve al grano! Deja las cosas accesorias para cuando tengamos tiempo de sobra. *(Mira su reloj)* Son las once, hora de nuestro almuerzo y estamos perdiendo el tiempo.

HOMBRE: Lo planeé tan minuciosamente, que a veces creía que iba a morir o enfermar antes de lograr mi objetivo, pues me hervía la sangre y me latía fuerte el pecho cuando la imaginaba en su agonía. Pero gracias a Dios, no enfermé. Al contrario, me sentía como nunca, con una energía que no creía poseer: muchos dirían que venía del

mismísimo demonio. Honestamente no sé de dónde venía. Se revolvía día y noche aquí adentro *(Se apunta con el dedo índice el pecho)*, quería salir. ¿Y quién era yo para evitárselo?

JUDICIAL 1: *(Impaciente)* Ya, mejor dínos cómo lo hiciste. No nos interesan tus pendejadas y tus putas teorías sentimentales. Para eso está el libro vaquero o las novelitas de Corín Tellado que aquí mi compañero compra con el cheque mensual de nuestro sueldo. *(El judicial 2 se sonroja)*

Un cambio de luz. Marisol entra con un espejo de bolsillo en la mano, habla con él. Se sitúa en primer plano mientras en el fondo los dos judiciales y el Hombre se quedan como petrificados.

MARISOL: *(Hablando con su imagen en el espejo de bolsillo)* Aunque no lo quieras admitir estás muerta. ¿A poco crees que todos los muertos no lo niegan al principio? *(Pausa)* Solamente te queda la conciencia para que no te pierdas, para que sufras mientras tienes la falsa idea de estar viva.

Marisol cae de rodillas en el suelo, jadeando de impotencia, llorando.

MARISOL: Y ahora mírate. Olvidaste hasta el momento de tu agonía. Eso sí que es degradante.

Una crisis de pánico. Se levanta del suelo. Otro cambio de luz crea una atmósfera en la que Marisol se encuentra frente al espejo de luna. Alrededor, sólo la penumbra de la habitación. Se inicia una disputa entre la Marisol real y su imagen. El espejo le devuelve al instante todos los insultos, confundiendo las líneas de ambas. Atropellándose las palabras.

MARISOL: *(A su imagen)* Soy un cristal que se mueve cuando nadie lo ve. *(Pausa)* Contrario a ti que no necesitas nombre porque solamente yo te llamo, a nadie más haces caso. Tú eres yo, y yo soy solamente yo, porque sin mí no vives, porque sin mí te desvaneces. Te refugias en mí para contemplar un mundo que para ti no existe fuera de mis manos, de mis brazos, de mi cuerpo. Eres la materia que hace unos pocos segundos yo era. No soy yo la que habla, eres tú enmudeciendo y atravesando esta imagen, sin saber dónde diablos quedé yo. Como en una hermosa contradicción de nuestros reflejos: soy como un tatuaje. Me llevas escondida pero no me puedes negar.

(Repentinamente violenta) Sin embargo, yo en cualquier momento puedo hacerlo, sin esperar reproches, sin remordimiento alguno.

Simultaneo a estas últimas palabras, la Marisol real arremete contra su imagen, le atesta un golpe con el vaso. La Marisol del espejo se hace trizas. La Marisol real sangra de la mano derecha. Voltea hacia la puerta, se dirige a ella. Se ilumina completamente el lugar. Jala la manija intentando salir. No puede escapar por más que se esfuerza. Busca las llaves por todo la sala: en las bolsas del pantalón, debajo de la mesa donde está el teléfono, abajo del sillón, entre las páginas dispersas de periódico, entre los fragmentos del espejo. Busca. Busca ansiosamente. No las encuentra. Tal vez es el nerviosismo lo que hace parecer que las mismas llaves se esconden o quizá realmente se ocultan nada más de ella. ¿Cómo saberlo? Imposible. Los objetos son tan aparentes que pueden estar engañándonos.

MARISOL: *(Tambaleándose. Ebria)* ¿Por qué se esconden? ¿Por qué quieren huir y dejarme encerrada en mi propia casa? ¿Acaso ustedes también se mueven, también tienen conciencia? ¿También son mis enemigas? O tú, muerte, ¿las mueves como en un tablero de ajedrez? Juegas con ellas como juegas conmigo. *(Pausa. Busca las llaves. Tropezca y cae sobre la alfombra)* *(Transición. Con resolución)* ¡Pero no lo vas a conseguir! *(Levantándose)* ¡Tiraré la puerta si es necesario! ¡Ya no me dejaré mangonear por nadie! ¡Nadie me va detener! ¡Ya no soy una niña mentirosa! ¡Soy una pieza de ajedrez capaz de tomar decisiones y evitar el jaque! ¡Capaz de salir y entrar a este juego cuando yo quiera!

Se levanta y se dirige colérica a uno de los cuartos contiguos. Durante un momento se escuchan ruidos desordenados y enérgicos, como muebles que se arrastran y cosas que se arrojan con fuerza de un lugar a otro. Luego de un rato, regresa con un viejo machete. Se pone frente a la puerta, meditabunda. Gira violenta e inútilmente la manija. Encolerizada, arremete contra la puerta.

MARISOL: *(Simultaneo a cada golpe del machete)* ¡Estoy viva! ¡No me van a obligar a morir! ¡Ya quebré el espejo! ¡Ya puse un límite! ¡Maté a mi fantasma! Es mentira lo del periódico. Son mis enemigos los que quieren hacerme creer todo esto. Es un teatro montado por ellos. Son mis verdugos con el disfraz de la muerte. No soy yo la que

murió. Es otra. Es alguien parecida a mí. No es mi fotografía. Es mi doble. Confundieron la dirección y el nombre. No soy yo la Marisol muerta. Me parezco pero no soy. La muerte se contradice. *(Dejando el machete a un lado. Jadeando. Transición)* ¡Mírame! Aun sueño con que llegue un príncipe azul en un corcel y venga a rescatarme, a mantenerme por el resto de mi vida, sin necesidad de que yo mueva un solo dedo. Que sea guapo, con sus ojos color miel, que se miren como dos brasas encendidas en la noche. Que sea un ángel, y sobre todo, que tenga dinero, mucho dinero. *(Con sonrisa enigmática. Hablando con ella misma)* ¡Déjate de tonterías y terminemos con esto! Bien sabes que es imposible lo que dices. Muchas se pasan la vida soñándolo y jamás lo consiguen *(hablando con su contraparte)* ¿Quién eres tú para conseguirlo? Estúpida.

Transición. Golpea la puerta profiriendo un sinnúmero de insultos contra ella misma. Por fin se cansa y cae otra vez de rodillas en el suelo, jadeando, sosteniendo el machete con ambas manos. Llorando de impotencia.

Un silencio.

MARISOL: *(Melancólica, con la cabeza fija en el suelo. Reflexiva y al mismo tiempo subyugada)* La muerte llega más pronto que el amén de una iglesia... imperceptible... sigilosa... ni siquiera el más memorioso se percató de su presencia. Los muertos no tienen memoria. *(Trágica)* Entonces siempre estuve muerta...siempre. Lo que son las cosas: Nacemos y morimos en contra de nuestra voluntad.

Se levanta del suelo, sollozando.

MARISOL: Estarás contenta. Aquí me tienes, a tu merced *(abriendo los brazos en señal de recibimiento)*. No puedo huir de ti porque me tomaste como rehén en mi propia casa. Me pusiste una trampa. *(Alargando y doblando el índice a manera de anzuelo hacia un lugar impreciso)* Ven. Ya no ofrezco resistencia. Acércate, adhiérete a mí. Asfixíame, ya no guardes esa pequeña distancia que suelen guardar todos los fantasmas.

Un silencio. Marisol llora.

Luego de un tiempo, levanta el periódico del suelo y empieza a cortarlo en pequeños pedazos. Se queda largo rato mirándolos y los lanza con desdén al aire. Vuelve al sillón y se recuesta, sumergiéndose en un estado de pasmo, cierra los ojos.

Irrumpe el Hombre en el escenario sin que Marisol se percate de ello. Se pasea de un lado a otro de la habitación.

HOMBRE: Lo primero que hice fue conseguir la llave de su departamento. Marisol le había dado una copia a Pedro. Una mañana, después de una velada inolvidable con él, *(aquí un suspiro)* mientras dormía, yo tomé la llave y mandé a hacer un duplicado, devolviéndola antes de que se despertara y se diera cuenta de mis planes maquiavélicos. Luego, mandé a hacer con un amigo una página falsa del periódico *Excelsior* para anexarla a otro que compré a un muchacho en un cruce, la mañana en que ocurrió todo. Esto lo hice para darle más veracidad a la página inventada por mí, pues si ponía la página sola, a ella le hubiera parecido muy sospechoso. En ningún momento hay que menospreciar la capacidad de la víctima. De por sí era extraño lo que se narraba en el artículo. No podía correr el riesgo de equivocarme. *(Pausa)* La página que anexé era la sección policiaca de las noticias locales, cuyo encabezado estaba en letras rojas y grandes y en primera plana, ahí puse un artículo que decía más o menos así... *(Carraspeando)* a ver si me acuerdo bien.

MARISOL: *(Se sienta en el sillón, junta unos pedazos de periódico y los lee)* “Una mujer de aproximadamente treinta y cinco años de edad de nombre Marisol Beltrán Escobedo, fue apuñalada anoche en la puerta de su casa. Desconociéndose la identidad del sujeto homicida. Se cree que éste está relacionado con la serie de homicidios ocurridos en días pasados en esta ciudad. Los hechos ocurrieron ayer alrededor de las nueve de la noche cuando dicha mujer iba llegando a su domicilio en la colonia Infonavit Nacional. Un sujeto que pasó por el lugar descubrió el cuerpo inerte y dio aviso inmediato a la autoridad. Se están realizando las investigaciones necesarias para determinar el móvil del delito y dar con el paradero del agresor”

HOMBRE: El artículo describía además la ropa que ella llevaba puesta...

MARISOL: Delgada, de tez blanca, vestida con un pantalón de mezclilla azul y una sudadera también azul.

HOMBRE: Para poder describirla, la observé durante muchos días y vi cuál era la ropa que más se ponía. No había duda: ella estaba muerta antes de tiempo. Era una fotografía andante. A veces se ponía la misma ropa durante casi una semana.

MARISOL: Es la misma ropa que uso para salir a correr todas las tardes, pantalón y sudadera azul. Bueno, eso creo.

(Se recuesta)

HOMBRE: Trabajé en la oficina de un periódico el año pasado, me encargaba de la sección de deportes, pero aprendí a redactar notas de todo tipo. Renuncié porque querían cambiarme a la sección de sociales y esas cursilerías no me caen/

JUDICIAL 2 *(En off. Interrumpiendo. Firme)*. Sigue. No enredes tanto las cosas. No es adivinanza ni trabalenguas.

Queremos saber nomás por qué y cómo la mataste. Aquí debes limitarte a contestar sólo lo que se te pide. ¿Entendiste?

HOMBRE: Sí. Pero nunca están de más unos cuantos datos extras.

JUDICIAL 2: *(Molesto)* No mames güey, sigue. ¡Qué datos extras ni que la chingada!

HOMBRE: Bueno. Decía que hice esa nota... luego le agregué la copia de una fotografía de ella que tomé de la cartera de Pedro, todo esto, como les dije ahorita, para hacerlo parecer un periódico real *(Pausa)* La tarde en que recogí la nota, compré unas rosas rojas, me encantan las flores, ¿A ustedes no? *(Espera la respuesta. Nadie contesta)*

Pero éstas no eran para mí.

JUDICIAL 1: ¿Entonces para quién eran?

HOMBRE: Para ella.

JUDICIAL 2: Imagino que para ponerlas en su tumba.

JUDICIAL 1: O para llevárselas a la funeraria, y burlarte de ella en su cara.

JUDICIAL 2: ¡Qué cínico eres!

HOMBRE: No. Ni para el entierro ni para el velorio. Déjenme seguir... Pronto llegaré a esa parte y se los explicaré con lujo de detalle.

JUDICIAL 1: *(Firme)* Entonces sigue y no te detengas tanto. Eres tú el que estás enredando las cosas.

HOMBRE: Bueno. Les decía que a la mañana siguiente de recoger la nota y comprar las flores, muy temprano tomé un Ruta 3 hasta la casa de ella. El camino se me hizo eterno, las calles parecían estirarse a propósito y el pinche camionero se detenía en cada esquina, como si sólo lo hiciera para joderme. Nunca antes había estado tan impaciente en llegar a alguna parte. Al fin llegué. Con el duplicado que había sacado abrí la puerta y metí el periódico, cuidando que nadie me viera. Luego le puse por fuera doble llave a la cerradura, y con unas pinzas que había comprado

especialmente para la ocasión, corté la línea del teléfono. Pero... *(Aquí un cambio de luz. Trágico)* había un problema...

JUDICIAL 1 Y 2: *(A una sola voz)* ¿Cuál?

HOMBRE: Ya cuando lo había hecho todo, recordé que había olvidado en mi casa las rosas rojas *(pausa)* eran como la coronación de mi plan... por ningún motivo podían faltar. Eran como la cereza en el pastel.

JUDICIAL 1: ¿Entonces? Imagino que fuiste a comprar otras.

HOMBRE: No. El ritual del crimen tenía que ser con esas. *(Pausa. Judicial 1 y 2 a la expectativa)* Regresarme por ellas era la única opción. *(Divagando)* Vivo por la Panamericana, muy retirado del Infonavit Nacional donde vive ella.

JUCICIAL 2: Vivía.

HOMBRE: Y aunque tomé un taxi, había mucho tráfico y tardé casi dos horas en dar la vuelta. Volví a la casa de ella cuando el sol ya quemaba. Aunque algunas nubes estaban agolpadas en el cielo. Las rosas las debería de haber puesto junto al periódico para que ella recogiera las dos cosas juntas cuando se levantara. Siempre me ha gustado que todo me salga tal y como yo lo planeo, hasta cierto punto soy perfeccionista. Pero díganme, quién no lo es cuando se trata de un crimen. *(Dice esto último de manera siniestra)* Las rosas tenían que estar adentro, como un especial regalo de su futuro asesino. *(Pausa)* Saqué el duplicado de la llave y abrí la puerta.

MARISOL: *(Con visible angustia, pero resignada. Recorriendo con pasos lentos el lugar mientras el Hombre hace lo mismo pero en sentido contrario)* ¿Cómo será el mundo sin mí? ¿Ya se enteraría mi familia? ¿Irán a venir desde Los Ángeles a mi funeral? *(Pausa)* Como quisiera poder estar ahí, junto a mi ataúd. Sería divertido mirar a todos mientras me lloran... mientras hacen gala de su hipocresía y de sus mejores trajes negros. De seguro mi hermano va a ponerse el mismo traje que usó en su boda, mi mamá... pobre de mi mamá, qué se irá a poner, se la pasa quejándose porque no tiene ropa que ponerse en los eventos importantes. Pobre, va a tener que pedirle dinero a mi papá. *(Pausa. Transición)* Siempre me pregunté por qué vine a este mundo... por qué nací yo y no otra... Nunca me preocupé mucho por encontrar respuesta... me hubiera hecho infeliz el pensar tanto... a veces la ignorancia da más felicidad... quizá por eso mi atrofiado cerebro quiso olvidar el momento de mi muerte.... Ignorarlo todo. Al abrir los ojos demasiado las personas suelen encandilarse... definitivamente, es mejor la ignorancia. Por eso hay demasiada gente feliz en este mundo. *(Pausa)* En ocasiones la memoria nos traiciona, olvida cosas que no debería, y

las que deberíamos olvidar aquí están, *(señalándose la sien)* bien presentes, remarcándose a cada rato. Como si fueran luces intermitentes en nuestra vida o un tatuaje involuntariamente puesto sobre nosotros por el transcurrir del tiempo.

HOMBRE: *(Sin dejar de ir y venir por el lugar. A Marisol, sin que ella se percate de su presencia)* Supongo que buscaste una forma de salir, recorriste cada rincón de la casa, tomaste una silla y quebraste con ella los vidrios de la ventana, pero tras de ellos se encontraba el enrejado. Empezaste a gritar desesperadamente hacia afuera. Pero nadie te escuchó. Nadie. Ni siquiera el vecino de enfrente que se deleitaba viéndote todas las noches, mientras te desnudabas, pues “olvidabas” correr las cortinas de la ventana. *(Pausa)* Todos se hicieron los sordos para no meterse en problemas... pues te creían loca. El sufrimiento de un loco a nadie le importa. *(Pausa)* Al ver que nadie acudía en tu ayuda, volviste angustiada al sillón. Te recostaste. Te quedaste ahí: no puedes decir que te pusiste a esperar a la muerte, porque según tú, la muerte ya se te había adelantado... para morir hay que estar vivo

Marisol sigue caminando por el lugar, con la mirada hueca, una mirada hecha casi de aire.

HOMBRE: *(A Marisol)* Qué extraño, cuando hablo contigo a veces creo que lo hago conmigo. Eres como “yo” pero en otro cuerpo.

MARISOL: Yo que quería que antes de morir, justo unos días antes de mi final se acabara también el mundo para todos, que sucediera el tan mentado Apocalipsis *(pausa)* No porque quisiera experimentar ese momento tan trágico al que todos le tememos. No, solamente me resistía a la idea de que toda la gente siguiera viviendo, mientras yo ya no lo hacía...

Silencio. Ambos personajes siguen deambulando por el escenario.

MARISOL: En fin, esta casa, estas paredes, estos muebles, este fue mi único mundo. Después del trabajo en la oficina venía a aquí. Me quitaba la ropa, me ponía la pijama, apagaba las luces *(las luces se apagan parcialmente)*.

HOMBRE: Te recostabas sobre el sillón y te ponías a pensar, a recordar lo poco que podías. Ese era un mundo miserable, pero ya conocido en donde te sentías segura como en una burbuja. Era tu único mundo. Te refugiabas en él, segura de que si el mundo se acababa en ese instante, ya no importaba. *(Acercándose hasta casi tocarle el rostro con la mano)* Te comprendo, lo mismo hago yo todas las noches, cuando Pedro está contigo.

MARISOL: Quisiera mirar directamente a los ojos a la gente sin sentirme hostigada. Dejar de esquivar lo que me hace daño, enfrentarlo, tener, sentir un cambio inesperado. *(Se encienden las luces)*.

HOMBRE: Llorabas todos los días. No tenías vergüenza de hacerlo, de quién podrías avergonzarte. Sólo el espejo estaba ahí, mirándote, y él ya conocía de memoria tu llanto.

MARISOL: ¿Podría un fantasma suicidarse? ¿Podría la muerte abrazar a otra muerte?

HOMBRE: *(Sarcástico)* Será rápido, en un abrir y cerrar de ojos. Ni te darás cuenta. La gente creará que un animal agoniza en tu patio, pero no, será tu cuerpo que empezará a descomponerse y a despedir ese fétido olor a muerte. Entonces, los vecinos vendrán a preguntarte, y quizá tu fantasma les abrirá la puerta y les dará razones de ti.

Marisol desaparece por el umbral de la puerta que está al fondo. El Hombre se dirige hacia donde se ubica una silla. Se queda un momento frente a ella en silencio y luego se sienta.

HOMBRE: *(Con la mirada fija e inexpresiva. Como si en ese momento estuvieran pasando por su mente imágenes de esa mañana)* Ella estaba tendida en el suelo con el periódico en la mano. La ventana de la casa y el espejo estaban quebrados. Todo había salido a pedir de boca. Había ejecutado el crimen perfecto. *(Pausa)* Puse las rosas en el suelo e iba a salir a festejar mi triunfo en alguna cantina de la Doblado, pero el aguijón de la curiosidad me hizo dar media vuelta y fui hacia al cuerpo con mucho cuidado. Tenía que cerciorarme de que estuviera bien muerta. Además, quería conocer de cerca a mi víctima, pues la había visto otras veces nomás de lejos. Estuve un rato viéndola. Estaba bien muerta. Pero había cometido otro error... y por eso estoy aquí. Dejé la puerta del departamento entreabierta. Después

de un buen rato se asomó una señora y me vio moviendo el cuerpo. Hizo todo el escándalo para que dos tipos me detuvieran y le avisaran a la policía. Que por cierto llegó después de mucho tiempo, (*masculando*) como siempre.

JUDICIAL 2: (*Entrando al lugar junto con su compañero por la puerta donde desapareció Marisol y ubicándose frente al Hombre. Todavía con la grabadora de bolsillo en la mano*) ¿Pero por qué ese afán de “coronar tu plan” con las rosas? ¿Por qué a güevo esa obsesión de poner la cereza en el pastel?

HOMBRE: Si la policía encontraba las rosas sospecharía de los amigos cercanos o de la pareja de ella. Pedro era, supuestamente, su único amante o pareja. Entonces lo investigarían y descubrirían que es el único que tiene la llave de la casa de esa mujer. Según él me había platicado, los vecinos lo conocían muy bien. Por lo tanto ellos mismos lo señalarían como sospechoso. (*Pausa*) Quería darle un escarmiento a Pedro. Nomás por coscolino. Sólo un susto, pues la policía iba a descubrir que había sido un suicidio y lo dejarían libre. Entonces su primera reacción sería correr a mis brazos para que yo lo consolara. De esta manera yo estaba fortaleciendo nuestra relación y quitando todos los obstáculos. Como quien dice, matando dos pájaros de un tiro.

JUDICIAL 1: ¿Y para qué cerraste la puerta por fuera?

HOMBRE: (*Jactancioso*) Fue un plan fraguado meticulosamente. Quería ser cruel además de matarla. Que muriera pausadamente. Los neuróticos se comportan como algunos animales. Por ejemplo los roedores, si se ven encerrados empiezan a hacerse daño a ellos mismos, a arañarse o morderse. Por eso también corté la línea del teléfono, para que estuviera totalmente aislada. Y con su problema de memoria recordaría muy poco de lo que había hecho el día anterior, por lo tanto empezaría a dudar y a preguntarse si estaba viva o muerta, pues el periódico aseguraba que había sido asesinada, todo coincidía perfectamente: su nombre, su dirección, la fotografía, la hora en la que regresa a su casa, su vestimenta favorita. Todo encajaba. Por lo tanto, su enfermedad sería el detonante para que tomara la decisión de suicidarse. (*Pausa. Orgullosa*) Y no me equivoqué. Además, ella chantajeaba cada vez a Pedro, diciéndole que iba a suicidarse y nunca cumplía su promesa. Yo la ayudé a cumplirla. (*Recalcándolo*) Las tragedias suceden la mayoría de las veces por un absurdo. Yo solamente facilité las cosas, construí un absurdo sabiendo que sucedería una tragedia... diariamente las personas hacen eso sin darse cuenta, y no por eso las meten a la cárcel (*Un silencio*). Se preguntarán por qué no hice las cosas más fáciles, por ejemplo pagarle a un sicario para que la matara. Simplemente porque no me gustan las cosas fáciles, si me gustaran, me resignaría a una relación heterosexual, sin demasiados enredos, aún en contra de mis hormonas.

Transcurren unos segundos en silencio. El Judicial 2 oprime el stop de la grabadora.

JUDICIAL 2: Terminamos. ¡Ya ves! ¡Tan sencillo que era hablar! ¡Te hubieras ahorrado la madrina del otro día!

JUDICIAL 1: *(Recorriendo el lugar con actitud reflexiva)* Más claro ni el agua. Debo admitir que fuiste ingenioso. Ojalá también yo pudiera matar a mi puta suegra así. Pero la condenada no tiene ningún trauma. Nació chingando y chingando se va a ir al hoyo. Pero ese defecto al parecer lo tienen todas las suegras: sobreproteger a sus hijas y estar fregando cada vez que le encuentran a uno algún detallito. Que porque no tenemos trabajo, que porque nos gusta el fútbol, que porque llegamos a las cinco de la mañana, que porque coqueteamos un poco con la vecina. Parece que nos casamos con ellas/

JUDICIAL 2: Pero la curiosidad mató al gato. Y a ti te chingó, compa.

JUDICIAL 1: ¡Tanto trabajo para nada!

HOMBRE: *(Con la cabeza inclinada)* ¿Cuántos años me van a dar?

JUDICIAL 2: No sabemos exactamente. Eso lo decide el juez, nosotros nomás aplicamos los castigos y hacemos los interrogatorios. Pero creo que son pocos. Aunque, según tengo entendido, son más cuando se provoca el suicidio de un loquito o una loquita... como en este caso. *(Enseñándole la grabadora)* Por lo pronto ya no puedes negar nada, tenemos la prueba. ¡Ya te chingaste!

HOMBRE: Pero si yo no la maté, fue un suicidio. Ella misma tomó la decisión y lo hizo sola. Era su cuchillo/

JUDICIAL 1: *(Interrumpiendo)* Nosotros no sabemos mucho de leyes, ahí te arreglas tú con el juez.

JUDICIAL 2: Se me hizo chingón lo que hiciste. Es una nueva forma de asesinato, tás cabrón compa... ¡Qué güevotes los tuyos! Aunque no los utilices.

Un silencio.

HOMBRE: *(En voz baja, para sí mismo. Amargo)* Si la homosexualidad no fuera un problema para la gente viviríamos como todos. No tendríamos que matar por celos. Nos casaríamos con nuestro hombre. *(Pausa. Transición)* Yo no tuve la culpa de nacer así. La homosexualidad no es un defecto, es una enfermedad como la memoria. Una enfermedad que tiene uno que andar escondiendo y cargando siempre. Si nos aceptaran, seguramente todo fuera mejor. *(Pausa. Recalcándolo)* Dios dijo: “amaos los unos a los otros” El amor no tiene sexo. A través de

él podemos experimentar dos sensaciones muy distintas: el ser hombre de nacimiento, pero sentir desde pequeños el deseo ferviente de ser mujer... ¿Y qué tiene de malo eso?

Un silencio.

HOMBRE: Cuando nosotros vayamos a la luna, cuando gobernemos el mundo (o a Estados Unidos) habrá paz, riqueza, placeres, amor (*aquí un suspiro*). Entonces sí, todos querrán ser como nosotros. Seremos un ejemplo a seguir.

Judicial 2 se acerca lentamente al Hombre, lo toma de la barbilla y le levanta la cabeza, lo acaricia sutilmente y lo besa con ternura. El hombre se queda un momento sin reaccionar. Ante la mirada absorta del Judicial 1.

JUDICIAL 2: Tú lo has dicho: “todo fuera mejor si nos aceptaran” (*Libidinoso. Susurrando*) Por lo pronto hay que aceptarnos entre nosotros. ¿No crees? (*Dándole una tarjeta que saca de su cartera*) Aquí tienes mi dirección. (*Amanerado*) Vivo solo, junto a la estatua de Francisco Villa, la que apunta hacia Columbus. Si sales pronto ve y visítame. (*Transición*) Espero que no me hagas lo mismo que a esa vieja. Por si las dudas andaré con cuidado, aunque te confieso que me excita el peligro. Recuerda, cuando salgas te estaré esperando.

Judicial 2 da media vuelta y sale, concentrando en sus glúteos la energía de todo su cuerpo. El Judicial 1 lo sigue, perplejo. El hombre se queda sentado. Recorriéndose con ambas manos el rostro, asimilando el momento. Si las caricias se pudieran retener en una fotografía, sin duda el hombre hubiera pedido que en aquel instante se le tomara una. O dos, tal vez.

La luz baja Suave.

Cuadro terminal

El hombre se encuentra vestido con ropa blanca de rayas negras verticales, cual si llevara una celda a cuestas. Está sentado en el rincón con el rostro oculto entre las manos. Con apariencia descuidada: sus cabellos son un poco más largos que en los cuadros anteriores y se nota a simple vista que lleva días sin afeitarse.

HOMBRE: *(Quitándose las manos del rostro)* No he podido cerrar los ojos. Su imagen se me grabó aquí *(señalando sus ojos con el dedo índice)* en mis pupilas. No es el remordimiento lo que me hace recordarla una y otra vez, de

pocas cosas me he arrepentido en mi vida, y ésta no es una de ellas. *(Pausa)* Antes la gente creía que si mirabas a una persona minutos después de su muerte, su alma se quedaba contigo, se transmitía a través de los ojos. Ahora empiezo a creerlo. *(Levantándose y situándose en el proscenio)* Ella está aquí. Tal vez no se acuerde de que yo la maté, por eso no me reclama nada. – Esa es la ventaja de matar a alguien que no tiene memoria - *(Pausa)* La imagino minutos antes de morir, retorciéndose en el suelo como una serpiente tajada. Doliéndose, llorando, quizá también sin recordar por qué. Con la duda agujoneándola en sus últimos estertores. Sin saber ni siquiera de mi existencia.

Se pasea nervioso.

HOMBRE: Antes de ese día no la había visto de cerca, no la conocía, sabía donde vivía porque Pedro me lo había dicho. Pero ahora desde que la conocí, sé el verdadero sentido de mis ojos, sé que mis ojos eran para verla a ella, por eso no nací ciego, para verla a ella sin ofrecer resistencia al paso de la muerte, con sus labios húmedos y su rostro inalterable. *(Pausa)* Supe en ese justo momento, por qué Pedro quería estar todo el tiempo con ella. Por qué inventaba pretextos para no verme. Era increíblemente hermosa. Poblada de la luminosidad de los ángeles.

Un cambio de luz crea dos atmósferas diferentes: a espaldas del Hombre, Marisol entra tocándose pausada y delicadamente el rostro con la mano izquierda, mientras en la otra empuña un cuchillo.

HOMBRE: *(Sin darse cuenta del cambio)* Traía puesta una blusa perfectamente adherida al cuerpo, con un enorme escote de donde brotaban sus pechos insinuándose al aire...

El hombre sigue hablando mientras la música de un violín entra y sube de intensidad. Sólo se ve el movimiento de sus labios como en las antiguas películas mudas donde solía intuirse lo que decía el personaje.

Mientras el hombre habla tiene la mirada ausente, perdida en la nada, mirando sin mirar, sin darse cuenta de que el pasado transcurre a sus espaldas.

Se crea una fusión de dos mundos paralelos: el pasado y el presente del hombre, diferenciados a través de las tonalidades de la luz. Una luz tenue en el presente y una intensa luz en el pasado iluminando directamente a la mujer, mientras los personajes transitorios que entrarán en escena serán simples siluetas entrecortadas por la luz.

Repentinamente Marisol toma el cuchillo con ambas manos, lo alza a la altura de la cabeza... Se oscurece completamente el escenario. Su boca dibuja en el aire un quejido que se escucha entre la música de fondo. Vuelve la luz, Marisol está en el suelo. Se duele, se arrastra con dificultad hasta un pedazo de periódico, lo toma con fuerza y sigue arrastrándose hasta llegar a la puerta. Queda inmóvil apenas llega. Simultánea a esta acción, la música deja de escucharse.

HOMBRE: *(Como sonámbulo, se voltea para mirar el cuerpo de Marisol tendido en el suelo. Se dirige a ella cruzando la línea ambigua del tiempo, rompiendo las tonalidades de la luz, mientras saca unas rosas rojas de entre sus ropas)* Llegué hacia ella y la miré con detenimiento. Quería conocer el rostro exacto de mi rival. Hasta el último poro de la mujer que tanto odiaba, aun sin conocerla. Pero al mirarla fijamente, me di cuenta, que ella era la mujer que yo siempre había querido ser. Y en vez de odiarla más, empecé a amarla. La garganta se me secó cuando la vi, se me durmieron los extremos de las manos. Me dio miedo, no de ser descubierto, me dio miedo de perder el control sobre mí, ante ese rostro tan delicadamente perfecto. (La muerte es el ser más bello)

Mientras dice esto se acerca al cuerpo de Marisol y lo toca. Se inclina hasta juntar sus labios con los de ella. Después se queda observándola con detenimiento.

HOMBRE: Una criatura joven, de tez blanca. Sí. Un ángel. Era precisamente aquella imagen que yo deseaba encontrar al mirarme al espejo cada mañana. Desde niño me pregunté quién era yo. Ahí estaba la respuesta esperándome donde menos lo imaginé: **yo, era-ella**. Podía penetrar a su sueño frío. Podía ser dos veces yo, llevando conmigo su alma. Sí. No podía ser nadie más. Yo, era ella.

Repentinamente entra una señora. Escandalizada sale corriendo. Gritando. El Hombre no se sobresalta. Sigue como hipnotizado, contemplando el rostro de él, en el de ella. Al mismo tiempo espejo y realidad.

Se escucha el barullo afuera. Gente junto a la puerta atropellándose para ver lo sucedido. No falta un chiclero que aprovechando la situación trata de acaparar el mercado. De entre la bola salen unos sujetos y detienen al Hombre. Este no ofrece resistencia.

Llegan policía 1 y policía 2 y violentamente lo esposan y se lo llevan. Mientras el Hombre, absorto, repite en voz baja una y otra vez, “yo era ella... yo era ella, alguien me cambió. Dios cometió un lamentable error”.

Lentamente, el escenario se vuelve un cuarto oscuro:

Oscuro final